

## CRÍTICA DE LIBROS

### “El Ranero. Un rincón de Murcia”

Saura Mira

Autor: José Antonio Marín Mateos

157 páginas.

Ayuntamiento de Murcia

No cabe duda que el recuerdo de los rincónes huertanos que han desaparecido nos parece, siempre, algo importante para su reconocimiento más aún desde quien parte de una serie de vivencias que son las pautas y el eje sustancial del libro que comentamos, que posee un cúmulo de ingredientes como para ser leído y meditado.

Nos interesan estos trabajos que enlazar la capacidad intelectual con su tratamiento, a través del método etnográfico, con utilización de la oralidad; esas conversaciones con sus mayores, que son los únicos capaces de retener la memoria del lugar.

Nuestra huerta va desapareciendo. Esto es algo obvio. Nos estamos apartando del paisaje que nos vio nacer y que dio relumbra a la ciudad. Estamos viviendo etapas de la muerte de la huerta y con ello nos referimos a presencias huertanas antañonas, como La Flota o esta referida a El Ranero, que ya tan sólo sirven de nostalgias y de venturosos recuerdos a través de esas fotografías que nos ayudan a retener su pasada imagen.

El libro nos habla de la población y de sus gentes retomadas de las fotografías que lo enriquecen. Creo que la fotografía, como en la tesis de nuestro cineasta Amenabar, en su excelsa obra «Los Otros», sirven para detener el duende y el alma, aunque sus efigies estén desaparecidos. De ahí la soltura y el empaque del libro, ensayo de Marín Mateos. Pero no sólo se ocupa de las casas, el marco y la población, como de los «apodos» inteligentemente tratado este tema; más también sobre sus fiestas y su entronque con su alma misma, con la relación de coplas y canciones populares captadas desde su investigación por esos rincónes

del viejo lar, por donde pulula el alma y el misterio de sus tradiciones.

Un libro importante pero sobre todo insisto en la carga emocional de sus fotografías, desde las que cabe numerosas lecturas. Son la parte esencial del libro, porque en ellas se dan rostros, gestos, miradas que se inyectan en nosotros. Son el alma misma de El Ranero, con su dimensión oculta y atractiva; la de sus hombres y mujeres encargados de unas faenas que ya son noticia pasada. Pero ahí quedan, como la del Cherro, la de Jose Antonio «El Tardío», de la tía Juana y de muchos más que, como viejas estampas, se delatan entre el ser y el no ser. Es el tiempo el que camina por estas poses y alienta un más allá. Pero nos sobrecogen, como su pasado, roto ahora por la inercia de un urbanismo de cuchillo, que amontona escombros en el paisaje.

